No pudieron privarnos de su luz

En 1958 y en cierto ambiente universitario, contaba (1) Joaquín Romero Murube que se expuso, ante él y Dámaso Alonso, esta interrogación: "¿Por qué Antonio Machado, por qué Miguel de Unamuno están *más alto* y *más cerca* de la *preocupación* y *aceptación* de las juventudes actuales, *y no lo está* Juan Ramón Jiménez?". (Los subrayados me corresponden)

Esta argumentación, que a los estudiosos de la obra juanramoniana les deberá parecer tan extraña —y más aún a los que por estar fuera de España no hayan estado informados de tales olas de opinión—, no fue una anécdota esporádica, una salida de tono de alguien o de unos cuantos en un determinado lugar, sino que vino a ser el prólogo de toda una campaña con la que después nos encontraríamos.

Ahora bien, como andando el tiempo resaltan las razones sobre las sinrazones, en la proximidad del centenario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez noshallamos, afortunadamente y como no podía ser menos en justicia, con una vuelta hacia el reconocimiento del poeta, reconocimiento en el que no sólo están los admiradores de siempre sino también algunos que tiraban esas piedras más que ahora prefieren estar entre los que alzan el sahumerio. Claro que para éstos resultaba muy difícil mantenerse a la contra del gran poeta andaluz, porque no sólo tenían en frente a los seguidores de España sino a los numerosos especialistas de Universidades americanas, a tantos hispanistas europeos, a muchos escritores de muy diversos países que exaltaban e imponían la singular obra poética de Juan Ramón Jiménez.

Pero conviene refutar esas frases transcritas por Joaquín Romero, por cuanto tan raras aseveraciones ya queda dicho que no fueron una actitud solitaria y curiosa, sino que fue un toque de clarín para una larga batalla, más absurda y lamentable por cuanto entonces Juan Ramón había muerto y no podía responder, con su irrefutable claridad de autodefensor, a tanta estupidez como tanto *snobismo* —que también se da, y lamentablemente hasta sienta cánones, en el ambiente literario—, a tanta insensatez como a tantos intereses extraculturales. Jiménez, sin embargo, había dejado dicho, mucho antes y con referencia a otras infidelidades: "En España, por lealtad a mi poesía, por lealtad a ellos, por no mentirles ni adularlos, me vendieron mis discípulos, me calumniaron mis amigos, me fueron desagradecidos los que más favorecí, me dejaron abandonado y solo con mi verdad, etc. Y, seguramente, amigos y discípulos se burlarán también sarcásticamente de lo que diga ahora".

Conviene en este Congreso que alguna otra voz replique a expresiones tales como las que recordara Romero Murube. Y lo haré yo, sacrificando lo fácil que me hubiera sido, como creadora de poesía, comentar alguna característica de la obra juanramoniana. Voy, por tanto, a contestar a esos torpes argumentos, dichos, increíblemente, en un marco universitario; para seguir después con otras insólitas anécdotas y comentarios sobre el panorama en que a partir de 1958 vivimos.

Descalificar a Juan Ramón como *menos alto* era un atrevimiento y un desatino impropios de intelectuales. ¿Cómo nadie literariamente preparado, y menos si conocedor de lo que es poesía, ha podido, nunca, sostener que Juan Ramón Jiménez no estaba, por el contrario, *más arriba,* en la mayoría de las escalas que dentro de lo que es lírica cabe establecer? Y en otro orden de estimación podemos decir, con el mismo poeta: "¿Quién es mejor: Velázquez, El Greco o Goya? No se es ni más ni menos. Se es o no se es"; añadiendo que "A veces lo que en un momento pareció más bello, en otro pasa a la penumbra. Pero lo que es no deja de ser nunca".

Admito que se puede estar *más* o *menos cerca* de un poeta, según cultura, sensibilidad, gusto. Mas *no sentirse cercano* a las calidades de un Juan Ramón o *aceptarlas menos* sólo demuestra una incapacidad de apreciación de la mejor poesía, la deshonra intelectual de no saber oír la voz sublime del moguereño.

En cuanto al propósito de restar hondura a este poeta, apartándolo de lo que tales universitarios entendían por *preocupación,* tal empeño era un sofisma que naturalmente no aclaraba que Juan Ramón Jiménez fuese menos profundo o serio. ¿Puede descartarse, de veras, un fuerte impacto, una trascendencia desde Juan Ramón?, ¿decirse, seriamente, que *preocupa* menos?

"Qué inmensa desgarradura
la de mi vida en el todo,
para estar, con todo yo,
en cada cosa;
para no dejar de estar,
con todo yo, en cada cosa",

había dicho el "andaluz universal" en "Piedra y cielo". "Qué inmensa desgarradura", y qué lejos esta actitud de la de frivolidad o indiferencia que aquellos jóvenes universitarios le atribuían al poeta, al situarlo lejos de la *preocupación* y fuera de la *aceptación* en las que al parecer dichos estudiantes se desenvolvían. El poeta había declarado, en otro momento, que le importaba "la fusión del ser vivo, del ser nuestro con la renovación de todo"; mas esta verdad no la entendían sus detractores, propicios a no encontrarse sino con un Juan Ramón insensible, superficial, exclusivamente egotista.

Ya dije antes que no fue un hecho aislado e intrascendente el de esgrimir esos argumentos ante Dámaso Alonso y Joaquín Romero; sino que con dichas tesis se alzaba el pórtico de toda una bien programada campaña contra Juan Ramón Jiménez. Poco tiempo después del suceso contado por Romero Muru-

be, yo di, en una destacada tribuna, una lectura de poesía. Cómo no, durante el coloquio que siguió a esa lectura se me preguntó que por dónde iban mis preferencias: si a favor de Unamuno o de Juan Ramón Jiménez.

Aclaré que entonces me sentía bastante *unamunesca,* porque en esos más jóvenes años se desbordaban en mí la angustia y la rebeldía, siendo así que me situaba más al lado de la agónica y crítica actitud de don Miguel. Sin embargo, no me ponía en contra de creadores más contemplativos o serenos, sino que, al revés, admiraba entre ellos a los más grandes y en algunos momentos me sentía más entre sus ondas de inspiración.

También aclararé que desde el primer momento vi, en el fondo de esa pregunta que se me hacía, la intención de clasificarme a mí, más que la de tratar un tema literario. Y es que entonces, a falta de otras clarificadas inscripciones, para entreverlas se utilizaban estos enigmas o adivinanzas, que desde luego nada tenían que ver con la literatura.

Contesté —tal como entendía que era la única forma de hacerlo sobre tan imposible y anticultural disyuntiva— que no podía ni quería excluir un valor en función de otro; pronunciarme con una preferencia que habría de ser injusta, por ser ambos autores dos valores distintos; en fin, que era absurda esa intención de oponerlos.

Sin duda porque yo había cortado con mi respuesta la intención de maniqueísmo en que se pretendió enredarme, se me dijo entonces, como haciendo una gracia: "¡*Panzista*!" (2). Y al interlocutor de tan pobre salida le contesté que "*panzista*" no era quien honraba a los muertos, sino quien le hacía el juego a ciertos vivos. Posiblemente di en la diana, porque ya nadie quiso decir nada más y aquel coloquio terminó.

Por supuesto que me parecían y me parecen lamentables estos juegos de sociedad ¿literaria?, en los que nada cultural se clarificaba ni se clarifica, y ante los que podríamos decir la tópica frase de "si los difuntos levantaran la cabeza". Porque ¿cómo podemos figurarnos a un Unamuno, a un Juan Ramón, a un Antonio Machado divirtiéndose con estas "genialidades", imponiendo estos acertijos —por demás ya cantados— para andar por aulas de estudio y salas de conferencias? Indudablemente, con tales ejercicios no se actúa de una forma lógica dentro de los que deben ser los cauces del entendimiento, sino que se malinforma y se malforma a quienes tienen que oír, leer, aprender en esos centros o vehículos teóricamente destinados a despejar y a promover la inteligencia.

Claro que tan extraños desenfoques de la cultura no partían de impulsivos y próximos criterios; sino que, por el contrario, derivaban de primorosas —como todas las falsedades— y de lejanas —con la distancia que recorren las consignas— elaboraciones. Estábamos en 1958 cuando se empezaba a dictar el anatema contra Juan Ramón Jiménez. Reciente la concesión al mismo del Premio Nobel —siempre envidiado—; cercana la muerte del poeta y el traslado de su cadáver a España —con repiqueteos al fin de gloria, que para tantos resentidos eran insoportables—; honores de multitud y primeras páginas en prensa

—incluso en alguna que hasta entonces había olvidado totalmente al gran poeta—; en definitiva, la vuelta —"Noble y embalsamado", como yo versifiqué— del "andaluz universal" y en qué grado, inevitablemente, de exaltación.

Primero con timidez pero a seguidas diciéndolo descaradamente, se lanzaron las especies de que el ideal de Juan Ramón no era más que un narcisismo, que su poesía contemplaba exlusivamente sus propias emociones sin interesarse por los problemas del hombre en general, que se daba lánguidas vueltas sobre sí mismo y carecía de otro interés... La campaña, pese a ser tan injusta como inculta, dejaba no obstante alguna estela de dudas, negaciones, sustracciones.

Mientras, se cantaban con especiales trémolos unos nombres: Federico García Lorca y Antonio Machado. Desde luego que era lícito exaltar a estos dos poetas; lo que ya no era igual de aceptable es que se utilizaran los oros de sus obras para los inferiores intereses de las pancartas políticas. Y se ofrecía, al mismo tiempo, un homenaje, de notable constancia aunque más íntimo, a Vicente Aleixandre, si bien advirtiéndonos que no podía considerarse a éste como un poeta andaluz.

A la vez, se desmerecía, se aislaba, se desconocía en general a numerosos poetas andaluces, tanto si discípulos de Juan Ramón como si al fin verdaderos creadores de belleza —en las diferentes formas en que el andaluz sabe hacerlo: pasión, musicalidad, imagen, contemplación del pasado, gracia descriptiva, etc., etc.—. Y tan se desmereció a esta poesía andaluza que hay pretensiosas antologías de entonces donde se expresa, tranquilamente, que los buenos poetas eran los de Despeñaperros para arriba; decretando así la descalificación de numerosos e importantes creadores, y para que, encima, Alberti preguntase que dónde estaban y qué cantaban los poetas andaluces de esos días.

Muchos años antes, Juan Ramón Jiménez le había escrito a Bergamín: "Qué triste espectáculo el de la literatura y el arte de hoy. El arte no es una política ni una lucha. Es como el amor, algo íntimo". Proféticas, por lo que a posteriores etapas convendrían, estas afirmaciones de quien estaba, ya entonces, indignado porque a la literatura y al arte se las retara a combate, y quien reclamaba para la creación la grandeza —sí, la grandeza— de la intimidad.

Precisamente ese deslinde de la literatura con respecto a la política y ese definir la obra como "algo íntimo" eran los argumentos más contrarios a las consignas que —subterráneamente pero con una continuidad que las hacían ostensibles— en los finales de la década cincuenta se desataban. Porque entonces se nos quería imponer un "compromiso", se nos incitaba a la adscripción a "un algo" distinto de lo literario y se nos acuciaba con la *necesidad* de "lo social". (*Lo social es todo lo que es,* habría que aseverar rotundamente, y para evitar ese otro tipo de *capitalización* de "lo social").

Aún faltaban, en aquellas etapas, algunos años para el Mayo francés y cuanto vendría de revuelta para el Occidente; pero todo se andaría. Porque ya se estaba minando cuanto era raciocinio y concordancia, para hundirnos en el absurdo y en el desorden.

A tales planificaciones no les eran gratas ni la ética ni la estética; por cuanto lo que aquéllas exponían y promocionaban eran la desfachatez y la cochambre, además de que, so pretexto de derribar cuanto hasta entonces era un *sistema,* se imponía la dictadura de otro, sólo que cínico y grotesco. Así se fomentaban corros de opinión en detrimento de obras dignísimas; se soltaban, además, especies —ofensas, insidias, calumnias— que, aun increíbles o estúpidas, algo afectaban a las valoraciones, si no de la creación, de los creadores; se levantaban muros de silencio o vacío, tras los que se apartaban a los autores y se desconocían sus obras. Fue así como se generó el hundimiento, el ataque o el mutismo de muchos nombres y obras, restando luces de distinción y campanadas de gloria a toda una generación de poetas del Sur.

Para tales conmociones de alcantarilla claro que estorbaba el reconocimiento de una voz tan limpia y aristocrática como la de Juan Ramón Jiménez. Molestaba la voz por sí misma y por cuanto de magisterio y de horizonte significaba para la poesía; irritaba esa gran poeta andaluz, sobre el que el profesor López Estrada diría que era "un hombre que había huido toda su vida de estridencias, de la voz destemplada, en un tiempo en que dominan el chirrido y la discordia".

En ese festival de la anticultura quisieron —aunque naturalmente no pudieron— algunos "intelectuales" bajarnos del podio a Juan Ramón. Ahora, cuando el tiempo impone sus verdades y tras el hastío, además, de habérsenos atiborrado de antivalores, pseudovalores y semivalores, destaca este nuevo acercamiento, redescubrimiento, resurgimiento de la obra juanramoniana. En definitiva, Juan Ramón Jiménez ha sido para la poesía española quizás esa misma inevitable "Anunciación" que él cantara:

"¡Ay, deshacerme,
de una vez ya, en la luz;
entrar, hecho oro verde y último,
en el libre secreto recatado
de los afanes imposibles!".

Anunciación final, gloria, último sol, enigmático y ulterior vencedor de sombras.

Nuestro poeta había expresado: "No pongáis vuestro esfuerzo —ni el más mínimo— más que en lo permanente". Y Pedro Salinas, comentando uno de los primeros libros de Juan Ramón, tras aclarar que la Poesía no debe ser filosófica sino metafísica dijo: "El trance trágico del poeta está en haber sido llamado a darnos la cifra del mundo por medio del canto". Esa metafísica y ese canto estaban para Jiménez en estos versos suyos: "Oh, sí, pasar, pasar, no ser instante, = sino perennidad en el recuerdo". Lo permanente, lo perenne, esa verdad que es luz en el tiempo, luz de una obra que ninguna agresión ni ningún olvido, ningún ataque ni ninguna mentira han logrado oscurecer.

En el libro "SEVILLA" —editado por "Ixbiliah", colección que fundé y dirigí—, donde se publicaron, en 1963, algunos de los temas que Juan Ramón

Jiménez dedicara a esta Ciudad, encontramos un breve homenaje a Bécquer, que dice: "Hay por Sevilla un jirón de niebla que el sol más claro no acierta a disipar. Se va de un lado a otro pero nunca se quita; algo así como esas estrellas que ven ante sí los ojos confusos. Es Bécquer. ¿Es Bécquer? ¡Es Bécquer!" Y bien, en esta Ciudad, tan amada por el de Moguer que quiso titularla "Capital de la Poesía", y que yo denominaría, además, "Sevilla de los Poetas", tenemos otro jirón constante pero de luz y que ninguna sombra ha podido quitarnos, un resplandor que nos hace exclamar: "Es Juan Ramón. ¿Es Juan Ramón? ¡Es Juan Ramón!".

María de los Reyes Fuentes

NOTAS:

(1) En un cuaderno-homenaje a J.R.J., editado por la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, de Sevilla, en 1958.

(2) "Panzista", para entendimiento de los congresistas extranjeros que no conozcan este vocablo, es un vulgarismo que quiere decir: alguien a quien sólo le interesa llenar su panza y nada más.